

L.S. HILTON

MAESTRA

Maestra

L.S. Hilton

Traducción de Santiago del Rey

Rocaeditorial

MAESTRA

L. S. Hilton

LA NOVELA MÁS SEXY QUE LEERÁS ESTE AÑO.

De día, Judith Rashleigh es una joven ayudante en una prestigiosa casa de subastas de Londres. De noche, se convierte en una acompañante seductora y segura de sí misma en un sórdido club de alterne del centro de la ciudad.

Pero cuando Judith descubre un fraude millonario en el mundo del arte y es despedida antes de poder denunciarlo, su doble vida se ve radicalmente trastornada.

En su desesperación, huye a la Riviera francesa con un rico cliente del club y accede a un mundo tan glamouroso como corrupto.

Durante todo este tiempo, Judith ha aprendido a vestir elegantemente, a hablar con acento impostado y a actuar ante los hombres. Ha aprendido a ser una buena chica. Sin embargo, tiene una amiga que una buena chica como ella no debería tener: la rabia.

Al saber que los tentáculos del complot pueden alcanzarla, Judith tiene que confiar en su fuerza de voluntad y traspasar todos los límites para poder sobrevivir.

ACERCA DE LA AUTORA

L. S. Hilton creció en Inglaterra y ha vivido en Key West, Nueva York, París y Milán. Tras licenciarse en Oxford, estudió Historia del Arte en París y Florencia. Ha trabajado como periodista, crítica de arte y locutora, y vive en Londres. *Maestra* es el primer título de una aguda y sofisticada trilogía que se ha convertido en todo un fenómeno editorial, publicado en más de treinta países. Actualmente, LS. Hilton está colaborando con Erin Cressida Wilson en el guion de la película de *Maestra*, cuyo estreno mundial será en 2017.

ACERCA DE LA OBRA

«Fascinante, uno de los personajes femeninos más memorables de la ficción reciente.»

AMY PASCAL, *COLUMBIA PICTURES*

«*Maestra* es el libro del momento, el libro del que nadie puede dejar de hablar [...]. Desde sus picantes escenas sexuales y su serie internacional de asesinatos hasta esa protagonista que me mantuvo en vilo durante todo el libro, *Maestra* reúne todos los elementos. Un thriller que me sigue obsesionando y que me sorprendió con cada uno de sus giros.»

LAUREN MONACO, DIRECTORA DE VENTAS DE PENGUIN RANDOM HOUSE

Al Dios Nórdico de todas las cosas,
con mi gratitud.

Prólogo

Entre un repiqueteo de tacones sobre el parquet, amortiguado por el frufrú de los pesados dobladillos, cruzamos el corredor hasta unas puertas dobles. Un discreto murmullo indicaba que los hombres ya aguardaban dentro. En la habitación, iluminada con velas, habían dispuesto mesitas entre sofás y sillas bajas. Los camareros lucían uniformes de satén negro, con chaquetas de botonadura cruzada, cuya tela brillante contrarrestaba la rigidez almidonada de las camisas. Aquí y allá relucía un gemelo o un elegante reloj de oro a la luz de las velas, o se insinuaba un monograma bordado bajo un vistoso pañuelo de seda. El panorama habría resultado más bien ridículo y teatral si los detalles no hubieran sido tan perfectos; pero yo estaba hipnotizada, sentía que mi pulso se había vuelto lento y profundo. Advertí que Yvette se alejaba escoltada por un hombre con una pluma de pavo real prendida en la manga; alcé los ojos y vi que se acercaba hacia mí otro hombre, este con una gardenia como la mía en la solapa.

—¿Es así como funciona?

—Mientras comemos, sí. Luego puede elegir. *Bonsoir*.

—*Bonsoir*.

Era alto y delgado, aunque su cuerpo parecía más joven que su rostro, algo endurecido y arrugado; tenía el cabello entrecano peinado hacia atrás sobre la frente despejada, y unos ojos de párpados algo caídos, como un santo bizantino. Me guio hasta

un sofá, aguardó a que tomara asiento y me ofreció una sencilla copa de cristal de vino blanco, un vino limpio y con un toque mineral. Toda la formalidad tenía un punto juguetón, pero a mí me gustaba esa coreografía. Obviamente, Julien valoraba el placer de la expectativa. Las camareras semidesnudas reaparecieron con platitos de diminutos pasteles de langosta, luego con lonchas de pato en salsa de miel y jengibre y, finalmente, con unas tejas llenas de fresas y frambuesas. Simples simulacros de comida, nada que pudiera saciarnos.

—Los frutos rojos le dan al sexo de una mujer un sabor delicioso —observó mi compañero de mesa.

—Lo sé.

Había algunas conversaciones en voz baja, pero la mayoría de la gente se limitaba a observar y beber, deslizando la mirada de uno a otro comensal, deteniéndose en los veloces movimientos de las camareras, que tenían cuerpos de bailarina: esbeltos pero musculosos, con pantorrillas poderosas por encima de sus botas ceñidas. ¿Un pluriempleo en sus horas libres del *corps de ballet*? Entreví a Yvette al otro lado del comedor comiendo los higos rellenos de almendras que le daba su compañero con un tenedor de plata de púas afiladas: su cuerpo desplegado perezosamente como una serpiente, un muslo oscuro asomando entre la seda roja.

Las camareras circularon solemnemente entre las mesas con unos apagavelas, atenuando las luces entre una nube de humo de cera. Entonces noté la mano de él en mi muslo, acariciándome en lentos círculos, con calma, y enseguida sentí una tensión de respuesta entre las piernas. Las chicas depositaron en las mesitas unas bandejas lacadas que contenían condones, frascos de aceite de monoï y lubricante decantado en cóncavos platillos para dulces. Algunos de los invitados se besaban, contentos con la pareja que les había tocado; otros se levantaban educadamente y cruzaban la habitación para buscar la presa que habían escogido con anterioridad. Yvette tenía la túnica to-

talmente abierta y la cabeza de su compañero entre las piernas. Capté su mirada; ella sonrió con complacencia y luego se dejó caer hacia atrás sobre los almohadones, con la expresión de éxtasis de un drogadicto en trance.

PRIMERA PARTE

Fuera

Capítulo 1

Si me preguntáis cómo empezó todo, podría decir sinceramente que la primera vez fue un accidente. Eran alrededor de las seis de la tarde, esa hora en que la ciudad vuelve a girar sobre su eje, y aunque las calles se veían azotadas por el viento helado de otro mes de mayo de mierda, el interior de la estación de metro resultaba bochornoso y húmedo: un sórdido panorama de periódicos y envoltorios tirados por el suelo, de turistas irritables con ropa estridente que se apretujaban entre los trabajadores de expresión vacía y resignada. Yo estaba esperando en el andén de la línea Piccadilly, en Green Park, tras el fantástico comienzo de otra fantástica semana de maltratos y paternalismos en mi fantástico empleo. Mientras el tren del lado opuesto se alejaba, sonó un ronco murmullo entre la multitud. La pantalla indicaba que el siguiente tren se había quedado atascado en Holborn. Alguien en la vía, seguramente. Típico, decían las caras de la gente. ¿Por qué siempre tenían que tirarse a la vía a la hora punta? Los pasajeros del otro andén empezaban a desfilar. Entre ellos había una chica con unos tacones matadores y un ajustado vestido azul eléctrico. «Un Alaïa de la temporada pasada comprado en Zara», pensé. Seguramente iba de camino a Leicester Square para reunirse con otras pringadas tan horteras como ella. Tenía una cabellera extraordinaria: una gran melena de color ciruela a base de extensiones, con una especie de hilo dorado trenzado entre las mechas, que relucía bajo la luz de los neones.

—¡Judy! ¡Judy! ¿Eres tú?

Se había puesto a hacerme señas con entusiasmo, pero yo fingí que no la oía.

—¡Judy! ¡Aquí!

La gente empezaba a mirar. La chica se bamboleó peligrosamente junto a la línea amarilla de seguridad.

—¡Soy yo! ¡Leanne!

—Su amiga la está saludando —me dijo, servicial, la mujer que tenía al lado.

—¡Nos vemos arriba en un minuto!

Ahora ya no oía ese acento a menudo. Y jamás habría esperado volver a oír el suyo. Obviamente, ella no iba a desaparecer por arte de magia; y como el tren no daba señales de llegar, me eché al hombro mi pesado maletín de cuero y me abrí paso entre la multitud.

Estaba esperándome en el pasillo entre ambos andenes.

14

—Jo, tía. ¡Ya decía yo que eras tú!

—Hola, Leanne —dije con cautela.

Ella dio unos pasos vacilantes y me echó los brazos al cuello como si yo fuese una hermana desaparecida y añorada.

—Pero mírate, por favor. Tan súper profesional. No sabía que vivías en Londres.

Me abstuve de señalar que eso era porque hacía una década que no hablábamos. Mantener amistades por Facebook no era mi estilo, y no me gustaba que me recordasen mis orígenes.

Enseguida me sentí como una cerda.

—Estás fantástica, Leanne. Me encanta tu pelo.

—Ya no me llamo Leanne, en realidad. Ahora soy Mercedes.

—¿Mercedes? Es... bonito. Yo uso Judith casi siempre. Sueña más adulto.

—Sí, bueno. Mira cómo estamos las dos. Tan adultas ya.

No creo que yo supiera, en aquel entonces, qué significaba ser adulta. Me pregunté si ella lo sabría.

—Escucha, tengo una hora libre antes del curro. —El «curro»—. ¿Te apetece una copa rápida para ponernos al día?

Habría podido decirle que estaba liada, que tenía prisa; haber anotado su número como si pensara llamarla. Pero ¿a dónde tenía que ir, en realidad? Además, había algo en esa manera de hablar que me resultaba curiosamente agradable por lo conocido; que me hacía sentir sola y reconfortada a la vez. Solo me quedaban dos billetes de veinte libras, y todavía faltaban tres días para cobrar. Pero bueno, ya saldría algo.

—Claro —dije—. Te invito a una copa. Vamos al Ritz.

Dos cócteles de champán en el bar Rivoli: 38 libras. Ahora solo me quedaban doce en la tarjeta Oyster y dos en metálico. No podría comer gran cosa hasta que terminara la semana. Tal vez fuera una estupidez alardear así, pero a veces hay que poner una cara desafiante frente al mundo. Leanne, o sea, Mercedes, pescó ávidamente la guinda con una extensión de uñas de color fucsia y dio un sorbo jovial.

—Qué detallazo, gracias. Aunque ahora prefiero el Roederer.

¡Champán Louis Roederer! Me estaba bien empleado por darme aires.

—Yo trabajo por aquí cerca —dije—. Temas de arte. En una casa de subastas. Me encargo de los Antiguos Maestros.

No era así, en realidad, pero tampoco era de temer que Leanne pudiera distinguir un Rubens de un Rembrandt.

—Qué sofisticado —respondió. Ahora parecía aburrida y jugueteaba con la pajita del cóctel. Me pregunté si estaría arrepintiéndose de haberme llamado en el metro; pero en vez de enfadarme, sentí el patético impulso de complacerla.

—Suena sofisticado —dije con tono confidencial, notando que el brandy y el azúcar se deslizaban suavemente por mis venas—. Pero pagan fatal. Siempre estoy sin blanca.

«Mercedes» me explicó que llevaba un año en Londres. Trabajaba en una champañería en St. James's.

—Tiene clase, supongo, pero siempre está lleno de los mismos viejos cretinos. Nada turbio ¿eh? —se apresuró a añadir—. Es solo un bar. Y las propinas son increíbles.

Dijo que estaba ganando dos mil libras a la semana.

—Pero con tantas copas te pones kilos encima —dijo tristemente, tocándose una barriga diminuta—. Aunque no he de pagarlas, claro. Vacíalas en las plantas, si quieres, me dice Olly.

—¿Olly?

—El dueño. Oye, Judy, deberías venir un día. Podrías hacer un poco de pluriempleo, si estás mal de pasta. Olly siempre anda buscando chicas. ¿Pedimos otra?

Una pareja mayor vestida de etiqueta, seguramente de camino a la ópera, ocupó la mesa de delante. La mujer examinó críticamente las piernas falsamente bronceadas de Mercedes, su rutilante escote.

16 Mercedes se giró en la silla y, lenta y deliberadamente, mirando a los ojos a la mujer, descruzó y volvió a cruzar las piernas, ofreciéndonos a mí y al viejo gilipollas que la acompañaba un atisbo de un tanga negro de encaje. No hizo falta preguntarle a nadie si había algún problema.

—Como te decía —continuó, cuando la vieja se concentró en la carta con la cara como la grana— es súper divertido. Las chicas son de todas partes. Tú podrías quedar despampanante si te emperifollases un poco. Venga, vamos.

Bajé la vista hacia mi traje negro Sandro de *tweed*. Chaqueña ceñida, faldita plisada ondeante. Pretendía ofrecer un aire coqueto y profesional a la vez, con un ligero toque *Rive Gauche* (eso, al menos, era lo que me había dicho a mí misma al recordar el dobladillo por enésima vez), pero al lado de Mercedes parecía un cuervo deprimido.

—¿Ahora?

—Sí, ¿por qué no? Tengo montones de ropa en el bolso.

—Ay, no sé, Leanne.

—Mercedes.

—Perdona.

—Vamos, puedes ponerte mi top de encaje. Con tus tetas, te quedará de fábula. A menos que tengas una cita...

—No —dije, echando la cabeza atrás para apurar las últimas gotas de angostura—. No tengo ninguna cita.

Capítulo 2

18

Leí en alguna parte que las causas y los efectos son formas de protegerse frente a la contingencia, frente a la terrorífica e imprecisa mutabilidad del azar. ¿Por qué me fui aquel día con Leanne? No había sido una jornada peor que cualquier otra. Pero las decisiones son anteriores a cualquier explicación, tanto si queremos enterarnos como si no. En el mundo del arte, solo hay dos casas de subastas que valga la pena conocer. Son las que hacen las ventas de cientos de millones de libras, las que manejan las colecciones de duques desesperados y oligarcas con fobia social, las que canalizan siglos de belleza y maestría artesanal por sus salas silenciosas como museos, para transformarlos en dinero contante y sonante, sexy. Cuando conseguí el puesto en British Pictures, tres años atrás, sentí que al fin lo había conseguido. Durante un día o dos, vamos. Enseguida me di cuenta de que los mozos, los tipos que cargaban y trasladaban las obras, eran los únicos que se preocupaban por los cuadros. Para el resto, bien podrían haber sido látigos de siete puntas o mantequilla a granel. A pesar de que me habían contratado por mis méritos, a pesar de mi duro trabajo, de mi diligencia y mis apabullantes conocimientos de arte, me vi obligada a reconocer que, al menos según los baremos de la Casa, yo no era nada del otro mundo. Tras un par de semanas en el departamento, comprendí que a todos les daba igual que supiera distinguir un Brueghel de un Bonnard, que había otros códigos más vitales que debía aprender a descifrar.

Ahora, al cabo de tres años, aún había unas cuantas cosas que me gustaban de mi trabajo en la Casa. Me gustaba pasar junto al portero uniformado y entrar en el vestíbulo perfumado de orquídeas. Me gustaban las reverentes miradas que te dedicaban los clientes mientras subías la imponente escalera de madera de roble —por supuesto, allí todo tenía un aire imponente, como de tres siglos de antigüedad—. Me gustaba espiar las conversaciones de las eurosecretarias robóticas, cuyas vocales francesas e italianas se recortaban en ondulaciones tan nítidas como sus peinados. Me gustaba sentir que, a diferencia de ellas, yo no pretendía pescar a algún bróker con los rizos de mi melena.

Estaba orgullosa de lo que había conseguido, del puesto de asistente que me había ganado tras un año de becaria en British Pictures. Tampoco quería quedarme en el departamento mucho tiempo. No iba a pasarme el resto de mi vida mirando cuadros de perros y caballos.

19

Ese día, el día que me tropecé con Leanne, había empezado con un e-mail de Laura Belvoir, la subdirectora del departamento. El encabezado decía: «¡Urgente!», pero no había texto en el cuerpo del mensaje.

Crucé la oficina para preguntarle qué quería decir exactamente. Los jefes habían asistido hacia poco a un curso de gestión, y Laura había asimilado el concepto de comunicación digital de escritorio a escritorio, pero, por desgracia, aún no había aprendido a redactar mensajes.

—Necesito que hagas las identificaciones de los Longhi.

Estábamos preparando una serie de retratos de grupo del pintor veneciano para la próxima venta de arte italiano.

—¿Quieres que revise los títulos en el almacén?

—No, Judith. Eso es cosa de Rupert. Tú ve al Heinz y mira a ver si puedes identificar los modelos.

Rupert era el jefe del departamento y raramente aparecía antes de las once.

El Archivo Heinz era un inmenso catálogo de retratos identificados y yo debía buscar qué petímetros ingleses del siglo XVIII podían haber posado en su año sabático para Pietro Longhi, pues la identificación de personajes concretos podía volver más interesantes los cuadros para los compradores.

—De acuerdo. ¿Tienes un juego de fotografías, por favor?
Laura suspiró.

—En la biblioteca. Están bajo el rótulo «Longhi/Primavera».

Como la Casa ocupaba la manzana entera, caminar desde el departamento hasta la biblioteca era un paseo de cuatro minutos, y lo hacía muchas veces cada día. Pese a los rumores de que en el exterior ya había llegado el siglo XXI, la Casa funcionaba todavía en buena parte como un banco victoriano. Muchos de los empleados se pasaban el día deambulando sin prisas por los pasillos para intercambiar volantes de papel. El archivo y la biblioteca apenas estaban informatizados como es debido. A menudo te tropezabas con pequeños fantasmas dickensianos atrapados en oscuros cuchitriles, entre montones de recibos y albaranes fotocopiados por triplicado. Recogí el sobre con las fotografías y volví a mi mesa a buscar el bolso. Sonó el teléfono.

—¿Hola? Soy Serena, de recepción. Tengo aquí los pantalones de Rupert.

Así que me arrastré hasta recepción, recogí la bolsa enorme del sastre de Rupert, enviada por mensajero desde Savile Row, que quedaba como a quinientos metros, y la llevé al departamento. Laura levantó la vista.

—¿Todavía no te has ido, Judith? ¿Qué demonios has estado haciendo? Bueno, ya que estás aquí, ¿puedes traerme un capuchino, por favor? No vayas a la cantina; ve a ese local tan mono de Crown Passage. Y pide el recibo.

Una vez que le hube llevado el café, me fui a pie al archivo. Tenía cinco fotografías en el bolso: escenas en el teatro de La Fenice, en el Zattere y en un café del Rialto, y tras dos horas

trabajando en los archivadores, confeccioné una lista de doce identificaciones positivas de modelos que habían estado en Italia en la época de los retratos.

Anoté las referencias cruzadas entre el índice Heinz y los cuadros, para que pudieran revisarse las identificaciones para el catálogo, y se las llevé a Laura.

—¿Qué es esto?

—Los Longhi que me has pedido que identificara.

—Estos son los Longhi de la venta de hace seis años. De verdad, Judith. Las fotos estaban en mi e-mail de esta mañana.

Debía de referirse al e-mail sin contenido.

—Pero Laura, tú me has dicho que estaban en la biblioteca.

—Quería decir en la biblioteca electrónica.

No respondí. Accedí al catálogo *online* del departamento, localicé los cuadros correctos (archivados como «Lunghi»), me los descargué en el móvil y volví al Heinz bastante mosqueada por la manera que tenía Laura de hacerme perder el tiempo. Ya había terminado la segunda tanda de identificaciones cuando ella volvió de almorzar en el Caprice. Entonces me puse a hacer llamadas a quienes no habían respondido a la invitación para la exposición privada previa a la venta. Luego escribí las biografías, se las mandé a Laura y Rupert por e-mail, le enseñé a Laura cómo abrir el anexo, me fui en metro al depósito de Artes Aplicadas, cerca de Chelsea Harbour, para examinar una muestra de seda que Rupert pensaba que podía coincidir con una colgadura de uno de los Longhi, descubrí —sin la menor sorpresa— que no era así, hice a pie la mayor parte del camino de vuelta, porque la línea Circle estaba parada en Edgware Road, di un rodeo por Piccadilly y recogí en Lillywhite's un saco de dormir para el hijo de Laura, que tenía una excursión escolar, y, cuando reaparecí, exhausta y desaliñada, a las 17:30, recibí otra reprimenda por perderme el visionado dentro del departamento de los cuadros sobre los que me había pasado la mañana trabajando.

—La verdad, Judith —comentó Laura—, nunca llegarás a nada si te pasas el tiempo correteando por la ciudad en lugar de estar aquí examinando las obras.

Dejando aparte los hilos invisibles del destino, pues, quizá no sea tan sorprendente que cuando me tropecé con Leanne en el metro tuviera tantas ganas de tomarme una copa.

Capítulo 3

Mi entrevista en el Gstaad Club aquella noche fue muy sencilla. Olly, el gigantesco y taciturno finlandés que era al mismo tiempo propietario, *maître* y gorila del local, me echó un vistazo de arriba abajo, ahora ataviada con la blusa semitransparente de encaje que me había puesto a toda prisa en el baño del Ritz.

—¿Sabes beber? —preguntó.

—Es de Liverpool —dijo Mercedes con una risita.

23

Y con eso bastó.

Así pues, durante las siguientes ocho semanas trabajé en el club los jueves y los viernes por la noche. Un horario que no habría complacido a la mayoría de la gente de mi edad, pero la costumbre de tomarse unas copas con los compañeros después del trabajo no ocupaba un lugar muy destacado en mi carrera profesional. El nombre del local, como todo lo demás, era un intento más bien anticuado de fingir clase y distinción. Lo único real del club era el precio astronómico del champán; por lo demás, no se diferenciaba mucho del Annabel's, el anticuado *nightclub* de Berkeley Square, que quedaba a unas pocas calles: las mismas paredes de tono amarillo sofisticadillo, los mismos cuadros buenos-malos, la misma colección de patéticos barrigones maduros y la misma cuadrilla de chicas ociosas que no eran putas propiamente, pero siempre andaban necesitadas de una ayudita para pagar el alquiler. El trabajo era sencillo: unas diez chicas se reunían media hora antes de abrir y se tomaban, para ponerse

a tono, una copa que les servía Carlo, el barman, ataviado con una chaquetilla blanca impecablemente planchada pero algo apestosa. La anciana que se encargaba de los abrigos y Olly constituían el resto del personal. A las nueve en punto, este abría la puerta de la calle y soltaba solemnemente el mismo chiste de siempre.

—Bueno, chicas, abajo las bragas.

Después de abrir, nos sentábamos a charlar y hojeábamos revistas de famosos o mandábamos mensajes de texto durante una hora hasta que empezaban a entrar clientes, casi siempre hombres solos. La idea era que ellos escogían a la chica que les gustaba y se la llevaban a uno de los reservados de terciopelo rosa, lo cual se conocía bastante brutalmente como «ocuparse». Cuando estabas «ocupada», tu objetivo era conseguir que el consumidor pidiera tantas botellas de champán de precio absurdamente inflado como fuera posible. Nosotras no cobrábamos un sueldo, solo el diez por ciento de cada botella y la propina que el cliente dejara. La primera noche me levanté tambaleante de la mesa hacia la mitad de la tercera botella y tuve que pedirle a la vieja del guardarropa que me sujetara el pelo mientras me provocaba el vómito.

—Qué tonta —me dijo con sombría satisfacción—. No es para que te lo bebas tú.

Así que aprendí. Carlo servía el champán en unas copas enormes como peceras, que nosotras vaciábamos en el cubo del hielo o en los jarrones de flores en cuanto el cliente abandonaba un momento la mesa.

Otra táctica consistía en engatusarlo para que invitara a una «amiga» tuya a tomar una copa. Todas las chicas llevábamos zapatos, nunca sandalias abiertas, ya que otro de los trucos era convencerlo en plan juguetón para que bebiera un poco de tu zapato. En unos Louboutin del 39 cabe una cantidad asombrosa de champán. Cuando todo lo demás fallaba, derramábamos la copa en el suelo.

Al principio me pareció prodigioso que el club siguiera abierto. Aquello resultaba tremadamente eduardiano: el torpe coqueteo, el precio exorbitante de nuestra compañía. ¿Por qué iba a molestarse ningún hombre en venir cuando podía encargar lo que quisiera con su app Putas a domicilio? Era todo penosamente anticuado. Pero poco a poco comprendí que era eso justamente lo que hacía que los tipos siguieran viniendo. No buscaban sexo, aunque muchos se ponían juguetones tras algunas de esas copas enormes. No eran mujeriegos aquellos hombres; vamos, ni en sueños. Eran tipos corrientes de mediana edad que querían fingir ante sí mismos durante unas horas que tenían una cita de verdad, con una chica de verdad, con una chica guapa, refinada y de buenos modales, dispuesta a hablar con ellos. Mercedes, con sus garras postizas y sus extensiones, era la chica mala oficial para los que querían algo un poco más picante, pero Olly prefería que las demás fuéramos con vestidos sencillos y elegantes, sin mucho maquillaje, con el pelo arreglado y joyas discretas. Los clientes no querían riesgos ni jaleos, ni tampoco que sus esposas se enterasen: probablemente ni siquiera querían enfrentarse a la cuestión embarazosa de que se les pusiera dura. Por increíble y patético que fuese, solo querían sentirse deseados.

Olly conocía bien a su clientela y atendía sus necesidades a la perfección. Había una diminuta pista de baile en el club, en la que Carlo hacía las veces de DJ, para dar la impresión de que nuestro hombre podía sacarnos a bailar en cualquier momento, aunque nosotras en modo alguno debíamos animarlos a hacerlo. Había una carta que incluía filetes y vieiras aceptables y grandes copas de helado: a los hombres de mediana edad les encanta ver a las chicas devorando postres de los que engordan. Naturalmente, los enormes helados solo permanecían en nuestro estómago hasta que podíamos hacer una discreta excursión al baño. Las chicas que tomaban drogas o eran demasiado golfas no duraban ni una noche: un aviso colgado junto al baño de

caballeros proclamaba que estaba Terminantemente Prohibido Ofrecerse a Acompañar a las Jóvenes Fuera del Club. Ellos solo debían desearnos.

Pronto me sorprendí a mí misma esperando que llegara el jueves y el viernes por la noche. Con la excepción de Leanne (todavía no conseguía llamarla Mercedes para mis adentros), las chicas no eran simpáticas ni antipáticas; eran amables, pero indiferentes. No parecían muy interesadas en mi vida, quizás porque ninguno de los datos que ellas daban de las suyas era real. La primera noche, mientras bajábamos con paso algo inestable por Albemarle Street, Leanne me dijo que escogiera un nombre para el club. Opté por mi segundo nombre, Lauren; un nombre neutro, sin connotaciones de ningún tipo.

Yo explicaba que estaba estudiando historia del arte a tiempo parcial. Todas las chicas parecían estar estudiando alguna cosa, la mayoría administración de empresas; es posible que fuera cierto en algunos casos. Ninguna de ellas era inglesa; la idea de que estuvieran trabajando en un bar para salir adelante tocaba la fibra de los clientes, que se sentían como Pigmalión ante la joven Eliza Doolittle. Leanne suavizaba su tremendo acento de Liverpool sin demasiado éxito. Yo modifiqué el mío, el que utilizaba en el trabajo, que ya se había convertido en mi propio acento hasta en sueños, con el objetivo de que no pareciera tan obviamente un inglés impostado; pero aun así, para satisfacción de Olly, sonaba bastante pija.

En mi trabajo de día, en Prince Street, había miles de códigos sutiles. La posición social de cualquiera podía calibrarse hasta el enésimo decimal de un simple vistazo, y aprender las normas correctas era muchísimo más difícil que identificar los cuadros, porque el propósito de esas normas era justamente que, si estabas en el ajo, no hacía falta que nadie te explicara nada. Todas aquellas horas empleadas en enseñarme a mí misma a hablar y a moverme me habían servido para pasar la prueba ante la mayoría de la gente: Leanne, por ejemplo, parecía

atónita e impresionada (a regañadientes) por mi transformación. Pero en mi trabajo no bastaba con eso, porque en algún rincón secreto había un cofre oculto con unas llaves de Alicia en el País de las Maravillas que yo jamás poseería: unas llaves que daban paso a jardines cada vez más diminutos cuyos muros eran tanto más impenetrables cuanto que eran invisibles. En el Gstaad, en cambio, yo era la niña pija por excelencia, y las demás chicas, si se paraban a pensar lo siquiera, creían que no había diferencia entre las novias de los futbolistas y las anticuadas niñas bien que ocupaban las páginas de la revista *OK!* con sus puestas de largo. En un sentido más profundo, desde luego, tenían razón.

La conversación, en el club, era casi siempre sobre ropa, sobre la última adquisición de unos zapatos o un bolso de marca, y sobre los hombres. Algunas chicas decían tener un novio fijo, con mucha frecuencia casado, en cuyo caso lo obligado era quejarse interminablemente del novio; otras salían con chicos, en cuyo caso lo obligado era quejarse interminablemente de los chicos. Para Natalia y Anastasia y Martina y Carolina parecía una verdad indiscutible que los hombres eran un mal necesario que había que soportar por los zapatos, los bolsos y las salidas de los sábados por la noche a los restaurantes japoneses de Knightsbridge. Se debatía mucho sobre los mensajes de texto, sobre su frecuencia y grado de afecto, pero las reacciones emotivas se reservaban para el caso de que ellos estuvieran viéndose con otra o de que no hicieran regalos suficientes. Se tramaban estrategias y contraestrategias, con complejos ardidés de iPhone; se hablaba de hombres con yates, incluso con jet privado, pero yo nunca tenía la sensación de que nada de todo aquello implicara algún placer. El amor no era un lenguaje que manejáramos ninguna de nosotras. Nuestra moneda de cambio era la piel tersa y los muslos prietos, y solo tenía valor para los hombres demasiado mayores para darla por descontada. Los viejos —en esto había acuerdo general— resultaban me-

nos engorrosos en conjunto, aunque recibían un chorro de críticas por sus deficiencias físicas. La calvicie, la halitosis y las servidumbres del Viagra constituían la dura realidad, aunque nunca lo habrías dicho por el coqueteo a base de mensajitos que se llevaban las chicas con sus hombres. Así era como funcionaban las cosas en su mundo; el desprecio y las lágrimas ocasionales se los guardaban para cuando estaban con el resto de nosotras.

En el Gstaad tenía amigas, o lo que me parecían amigas, por primera vez en mi vida, y casi me daba vergüenza la felicidad que eso me procuraba. En el colegio no había tenido amigas. Lo que entonces tenía era una actitud agresiva y altanera (me habían dejado un ojo morado varias veces), así como una tendencia a hacer novillos y una saludable noción de los placeres del sexo; pero no me quedaba tiempo para amigas. Aparte de explicar que nos habíamos conocido en el norte de Inglaterra, Leanne y yo dábamos por sentado tácitamente que habíamos sido colegas de adolescentes (si es que no intervenir activamente en sujetarle a alguien la cabeza sobre la cisterna del baño significaba ser colega) y nunca hablábamos de ello.

Descontando a Frankie, la secretaria del departamento en la casa de subastas, la única presencia femenina estable en mi vida eran mis compañeras de apartamento, dos entusiastas coreanas que estudiaban medicina en el Imperial College. Teníamos una lista de tareas colgada en el baño que todas cumplíamos educadamente, pero por lo demás apenas necesitábamos charlar. Exceptuando a las mujeres que conocía en las peculiares fiestas a las que me gustaba asistir, lo único que había esperado siempre de la gente de mi propio sexo era hostilidad y desprecio. Nunca había aprendido a cotillear, a dar consejos, a escuchar las interminables especulaciones del deseo contrariado. Allí, en cambio, descubrí que podía integrarme. En el metro, cambié la sesuda lectura del *Burlington Magazine* y del *Economist* por revistas de famosos como *Heat* y *Closer*. Así, cuando el tema de los

hombres decaía, yo también podía participar en la charla sobre los inacabables culebrones de las estrellas de cine. Fingí tener el corazón destrozado (insinuando un aborto) para justificar el hecho de que no saliera con nadie. Todavía no estaba «preparada», y me encantaba escuchar cómo me decían que ya iba siendo hora de «pasar página» y «seguir adelante». Mis raras incursiones nocturnas las mantenía estrictamente en secreto. Noté que me sentaba bien aquel extraño y concentrado universo en miniatura, donde el mundo exterior parecía quedar muy lejos, donde nada era del todo real. Hacía que me sintiera segura.

Leanne no había mentido sobre el dinero. Exagerado tal vez, pero aun así era algo fuera de serie. Descontando mi porcentaje sobre las botellas, con el que pagaba el taxi a casa, estaba sacándome seiscientas libras limpias a la semana en propinas —en billetes arrugados de veinte y cincuenta—, y a veces incluso más. En quince días saldé el patético descubierto de mi cuenta y, unas semanas después, me fui un domingo en tren a un *outlet* cerca de Oxford e hice algunas inversiones. Un traje chaqueta negro Moschino para reemplazar mi viejo y apaleado Sandro, un Balenciaga de fiesta blanco tremadamente sencillo, unos zapatos sin tacón Lanvin y un vestido estampado DVF. Y por fin, me permití una limpieza dental en Harley Street, pedí cita en Richard Ward y me hice un corte de pelo que parecía sutilmente el mismo, pero cinco veces más caro. Nada de todo aquello era para el club. Para eso me bastaba con algunos vestidos sencillos sin marca y con el toque provocativo de unos zapatos de charol Louboutin con mucho tacón. Despejé un estante de mi armario y coloqué cuidadosamente mis nuevas adquisiciones, envueltas en papel de seda. Me gustaba mirarlas, contarlas una a una como un avaro de cuento. De niña, había devorado los libros de Enyd Blyton que se desarrollaban en internados: en St. Clare's, Whyteleafe y Mallory Towers. Mis nuevas ropas

eran como mi falda con peto y mi palo de lacrosse: el uniforme de la persona que iba a ser.

Él empezó a venir cuando yo llevaba un mes en el club. La del jueves solía ser la noche más animada de la semana, la última antes de que los hombres que habían venido por negocios se volvieran a casa; pero ese jueves estaba lloviendo a cántaros y solo había dos hombres en la barra. Las revistas y los móviles estaban prohibidos una vez que aparecían clientes, así que las chicas languidecían, aburridas, y salían de vez en cuando a fumarse un cigarrillo bajo el toldo de la entrada, procurando evitar que se les encrespara el pelo con la humedad. Sonó la campanilla y entró Olly. «¡Sentaos erguidas, damiselas! ¡Esta va a ser vuestra noche de suerte!» Unos minutos más tarde, uno de los hombres más ordinarios que había visto en mi vida apareció en el local con su enorme barriga. Sin intentar siquiera ocupar un taburete de la barra, se desplomó de inmediato en el banco más cercano y ahuyentó con gesto irritado a Carlo hasta que se hubo quitado la corbata y secado la cara con un pañuelo. Tenía ese aspecto desastrado que solo un traje extraordinario puede disimular, y era evidente que su sastre se había visto desbordado ante semejante tarea. Su chaqueta abierta mostraba una camisa de color crema en tensión sobre la enorme panza, que tenía en parte apoyada sobre las rodillas. El botón del cuello parecía a punto de explotar entre pliegues adiposos. Incluso sus zapatos daban la impresión de estar a reventar.

Pidió un vaso de agua con hielo.

—No veía a Fatty desde hace tiempo —susurró alguien.

Las chicas debíamos charlar animadamente, agitando el pelo y lanzando miraditas con mucho movimiento de pestañas, aparentando que estábamos allí por casualidad, con nuestros elegantes modelitos, hasta que el cliente escogiera. El gordo fue rápido escogiendo. Me hizo una seña y sus fofas mejillas moteadas se distendieron en una sonrisa. Mientras me acercaba,

reparé en la corbata a rayas tirada en el asiento y en el anillo de sello, incrustado entre los rollos de su meñique. Agh.

—Hola, me llamo Lauren —susurré, sonriendo—. ¿Quieres que me siente contigo?

—James —se limitó a decir.

Me senté pulcramente, cruzando las piernas a la altura de los tobillos, y lo miré con risueña expectación. Nada de charla hasta que pedían la bebida.

—Supongo que quieres que te invite a una copa —dijo a regañadientes, como si conociera la norma del club pero le pareciera de todos modos una imposición.

—Gracias. Me encantaría.

Él no miró la carta.

—¿Cuál es el más caro?

—Creo... —vacilé.

—Vamos, suéltalo.

—Bueno, James, pues el Cristal 2005. ¿Te apetece? 31

—Pídelo. Yo no bebo.

Le hice una seña a Carlo antes de que cambiase de opinión. El 2005 costaba la friolera de tres mil libras; ya me había sacado trescientas. Muy bien, Derrochador.

Carlo trajo la botella con infinito cuidado, como si fuese su hijo recién nacido, pero James se apresuró a ahuyentarlo, la descorchó él mismo y llenó las copas inmensas.

—¿Te gusta el champán, Lauren? —preguntó.

Me permití una sonrisita irónica.

—Bueno, puede llegar a ser un poquito monótono.

—¿Por qué no les das la botella a tus amigas y pides algo que te apetezca?

Me gustó por ese detalle. Era repulsivo físicamente, desde luego, pero el hecho de que no necesitara que yo fingiera entrañaba cierta valentía. Pedí un coñac Hennessey y, mientras lo bebía lentamente, me habló un poco de su profesión, el rollo del dinero, claro, y, al cabo de un rato, se puso de pie trabajosamen-

te y salió con andares de pato, dejando sobre la mesa quinientas libras en billetes nuevecitos de cincuenta. A la noche siguiente, volvió a aparecer e hizo exactamente lo mismo. Leanne me mandó un mensaje de texto el miércoles por la mañana para explicarme que había estado allí el martes y había preguntado por Lauren. Y el jueves, volvió a presentarse a los pocos minutos de abrir el local. Muchas chicas tenían «habituales», pero ninguno tan generoso, lo que me confería un nuevo estatus entre ellas. Aunque me sorprendió un poco, no mostraron celos. Al fin y al cabo, el negocio era el negocio.

Título original: *Maestra*

© L.S. Hilton, 2016

Publicado en lengua original inglesa como *Maestra* por Zaffre,
un sello de Bonnier Publishing, Londres.

Publicado en España en acuerdo con International Editors'Co.
y Bonnier Publishing Fiction.

El autor hace valer sus derechos morales.

Primera edición en este formato: marzo de 2016

© de la traducción: Santiago del Rey

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Av. Marquès de l'Argentera, 17, pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-16498-01-7

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida,
ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de
recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio,
sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por
fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.